

336

SERMON

PARA EL DIA DE

LOS DESPOSORIOS DE MARIA SANTISIMA.

*Cum esset desponsata mater ejus Maria Joseph.*

Estando Maria, Madre de Jesus, desposada con José.

Math. cap. I, v. 18.

Ilustre y venerable Archicofradía: Al ocupar en esta mañana la cátedra sagrada de la religion, para hablaros de María, de esa escelsa criatura objeto de la mas singular predileccion por parte del Eterno, y del mas entusiasta amor por parte de los cristianos, no voy á ocuparme de lo mucho que esta Señora puede hacer en nuestro favor: harto acreditado lo tiene á través de las edades. Los diez y ocho siglos que van transcurridos desde que apareció en el mundo para consuelo de la pobre humanidad, hablan mas alto que pudieran hacerlo los mas elocuentes oradores. Nadie hay que pueda ignorar sus bondades y misericordias. Nadie desconoce que ella es la Eva reparadora que vino á colmar los deseos de la raza proscripta del padre prevaricador. Vosotros que

la venerais con el bellísimo título de la Misericordia (1) sabeis comprender que el bello ideal de esta Virgen sin mancilla, es amparar, favorecer, y proteger á los míseros mortales. ¡Cuán justa es la solemnidad y la pompa que acompañais á estas anuales fiestas!

Debo hoy, señores, concretar mi discurso á hablaros de uno de los misterios de su pasmosa vida: debo hablaros de sus Desposorios con el Patriarca San José. Por una parte, María estaba destinada á contribuir á los designios de Dios acerca de la rehabilitacion de la humanidad: por otra parte ella habia de ser el modelo de los diferentes estados de la vida, y Dios dispone que la que ha de concebir en su purísimo seno al Verbo Eterno, fuese desposada con un varon justo, que fuese el custodio y guardian de su virginidad y de todas sus virtudes.

¡Qué admirable se presenta á mi vista la Santísima Virgen en todos los actos de su preciosa vida! Destinada para la mas sublime y augusta de las dignidades, sobre ella se habian derramado, digámoslo así, todas las gracias y todos los dones del Señor. Pura é Inmaculada desde el instante mismo de su Concepcion, adornada de un entendimiento superior al de las demas criaturas, su alma estuvo siempre como embebida en su Dios. Resignada con la voluntad divina, jamás se opuso ni aun con el pensamiento á las órdenes de la Providencia, y eso que durante su vida tuvo que sufrir grandes azares y devorar en su corazon amargas penas.

(1) Predicaba el autor este Sermon á la ilustre y venerable Archicofradía de Nuestra Señora de la Misericordia, establecida en la parroquia de San Sebastian de Madrid.

Vamos á penetrar hoy con nuestra imaginacion en el templo donde reside la purísima doncella de Judá desde la edad de tres años: allí podremos contemplar toda la heroicidad de sus grandes y admirables virtudes. La veremos sacrificar su propia voluntad y no obstante estar ligada á Dios con perpétuo voto de castidad, obedecer el mandato de los sacerdotes desposándose con el Bendito Patriarca San José: *Cum esset desponsata, Mater ejus María Joseph.* En este hecho, admiraremos su fé heroica y su caridad ardiente, y en su vida conyugal se nos presentará como el mas perfecto modelo de la vida doméstica.

Tengo propuesto el plan y objeto del presente discurso. Para el mejor desempeño, imploramos los auxilios del Espíritu Santo, por la intercesion poderosa de la que es objeto de los presentes cultos, saludándola á este efecto, con las palabras del ángel. *Ave María.*

#### PARTE ÚNICA.

La bellísima doncella de Judá: la criatura predestinada desde la misma eternidad para que en ella se realizasen los designios de la Providencia, vivia en el colegio del Templo, siendo modelo de las demas doncellas que allí se educaban, y edificando por su candor, por su modestia, y por todas las virtudes que en ella resplandecian en grado heroico, á las maestras y á los mismos sacerdotes. Su ejercicio mas continuo era la oracion, y el punto á que mas dedicaba sus meditaciones era el gran Misterio de la venida del Mesías. Instruida como estaba en las sagra-

das Escrituras, sabia perfectamente el vaticinio de Isaías: *Concebirá una Virgen.* ¡Cuán lejos estaba en su humildad profundísima de creer que era ella la Virgen en quien habia de verificarse tal prodigio! Una de las peticiones que diariamente dirigia al Señor, era la de que le concediese la dicha de conocer á la mujer venturosa que habia de producir al Salvador. El poético historiador Orsini, apoya la idea de los que creen que á esta época de vida de la Virgen, pertenece su voto de castidad perpétua: y se funda en que no se encuentra en ninguna parte que tal voto fuese conocido de Joaquín y Ana, sin cuyo consentimiento no hubiera sido válido ni á los ojos de la ley civil ni de la religiosa. Sea como quiera, ello es que María se habia consagrado á Dios, prometiéndole perpétua virginidad, determinada á no admitir esposo alguno. Entretanto se acercaban los tiempos vaticinados por los profetas, y el pueblo judío, que vivia en la espectacion del Mesías, y que era el depositario de las profecías, redoblaba sus clamores: «Cielos, enviad el rocío de lo alto y las nubes lluevan al justo: ábrase la tierra y brote al Salvador (1).

María no pensaba salir del templo, pues como dice Bernardino de Bustos, se habia consagrado á Dios sin limitacion de tiempo. ¿Qué podia esperar fuera de aquel lugar? ¿Qué podia ofrecerle la sociedad y el trato de las gentes? ¿Tal vez alabanzas por los dotes naturales que la adornaban? María no tenia nada de comun con las demas mujeres. Ella no conoce otra hermosura que la virtud, y su único deseo el que

(1) *Rorate cæli de super, et nubes pluant justum: aperiatur terra et germinet Salvatorem.* Isai. cap. XLV.

fuese alabado y bendecido aquel Dios que es el autor del cielo y de la tierra, y á quien todo le debe la existencia. El fausto y la grandeza no podia llamar la atención de una criatura tan llena de virtudes. El autor que hace poco hemos citado, dice muy oportunamente que María habia adivinado el Evangelio, porque ¿quién podia haberle hecho conocer que la virginidad es un estado mas perfecto que el matrimonio? Pero no tratemos de sondear este abismo de la gracia, este precioso tesoro de todos los dones del Altísimo.

Para conocer la heroicidad del voto de María, bástanos fijar la consideracion en que la esterilidad era en Israel mirada como un oprobio. Ya hemos dicho que el pueblo judío era el depositario de las promesas: todos sus hijos esperaban al Libertador, y por esta razon los Israelitas se daban prisa en desposar á sus hijas, con la esperanza que de su raza naciera el Mesias. Así se concibe que Ana subiese al templo á pedir á Dios que la concediese un hijo, dando tantos lamentos, que el sacerdote Helí la tiene por embriagada y fuera de juicio; que Jephthé pidiese á Dios tiempo para llorar su virginidad en ocasion en que su padre quiere sacrificarla para dar cumplimiento á un voto, y que Thamár quiera juntarse á su suegro con ficcion y engaño, esperando por este medio el conseguir la dicha de tener un hijo. Solo María se singulariza: solo ella renuncia voluntariamente tan natural deseo y prefiere á todas las honras posibles el conservar la preciosa joya de su pureza.

Dios, que habia aceptado la ofrenda de la purísima doncella, iba á efectuar en ella sus admirables planes. Ella era la Virgen de Isaiás: ella la casta Virgen en

cuyo seno se habia de obrar una operacion sobrenatural y divina. Sábía la Providencia en sus disposiciones, ordenó que la esclarecida Virgen, en cuyas entrañas habia de verificarse el gran prodigio de la Encarnacion del Verbo, fuese casada para que ni por un momento pudiera peligrar su honra y buena fama. ¿Qué hubiese sido si en su dia la hubiesen visto dar á luz un hijo, sin hallarse unida á un hombre por los vínculos del matrimonio! Además necesitaba quien la protegiese en las tribulaciones de la vida, y la proporcionase recursos cuando mas tarde se viese alejada de su patria y en un pais inhospitalario. En estas razones se fundan los Padres al considerar muy conveniente su matrimonio.

Habia llegado la hermosísima doncella á la edad en que segun las costumbres de los hebreos debia recibir un esposo. Sus padres ya no existian y los sacerdotes del templo se acercaron á ella, haciéndole saber que era llegado el caso de que abrazase el estado del matrimonio. La pudorosa Virgen quedó como petrificada: un voto de perpétua virginidad le tenia unido con el amado de su alma. ¿Cómo habia de dar su consentimiento para admitir un esposo? Así lo espuso al Sumo Sacerdote, el cual no pudo menos de sorprenderse al escuchar su resolucion. El voto no era un obstáculo; podia ser anulado por sus parientes: pero ella suplicó rendidamente aunque en vano, pues que sus ruegos no fueron escuchados. Dios disponia los sucesos segun los altos fines de su Providencia. ¿Quién, pues, será el varon afortunado que ha de ser esposo de María? ¡Mas, ay, señores! La eleccion del hombre que habia de ser archivo de los secretos de la divinidad, custodio y protector de María, cen-

tinela del Tabernáculo del mismo Israel, cabeza de la familia mas santa que conocieran los siglos: el feliz varon que habia de reunir sobre sus sienas cuantas diademas se dispensaron á los antiguos justos: el que habia de ser padre representativo del que era Hijo de Dios, Dios mismo, no debia ser hecho por los hombres, sino por el mismo Dios. Un prodigio debia hacer conocer la voluntad divina.

No creais pues que para Esposo de María, será elegido algun jóven poderoso, notable por sus hazañas ó por la posesion de grandes riquezas. La mas santa de las mujeres debia unirse al mas santo de los hombres: la mas modesta doncella al mas humilde varon. Un hombre que aunque de un origen el mas illustre vivia en la óscuridad proporcionándose el sustento con el trabajo de sus manos, fué el designado por la Providencia. Veamos ahora, siguiendo la esposicion de San Jerónimo y de otros escritores sagrados, de que modo hizo conocer el Señor su voluntad.

El Sumo Sacerdote tuvo una revelacion en la cual le fué manifestado el modo como debia llevarse á cabo el Desposorio de María. En virtud de esta revelacion, todos los varones solteros y del linaje de David se reunieron en un dia determinado en el recinto del templo, y cada uno tomó en su mano una vara, y aquel cuya vara floreciese habia de ser el esposo de la virtuosa doncella. Conocidas generalmente las bellas prendas que la adornaban, su candor y su belleza, multitud de pretendientes se presentaron aspirando al honor de su mano. Entre ellos habia uno llamado José, hijo de Jacob, que como del linaje de David, tenia tambien derecho á pre-

sentarse. Sin embargo, este que era el mas humilde y virtuoso de todos, no se creia digno de poseer tal tesoro, y lo que menos creia era que hubiese de florecer la vara que tenia en su mano: además tenia hecho voto de castidad, y por eso, si se presentó con los demas, no fué porque deseara el estado del matrimonio, sino tan solo por cumplir la órden del Sumo Sacerdote, que como hemos notado habia convocado á todos los descendientes del linaje de David. Reunidos todos, hicieron fervorosa oracion, y á vista de cuantos allí se hallaban floreció la vara de José, quedándo de este modo declarada la voluntad del Señor. Tal es, mis señores, el origen de la costumbre de la Iglesia en colocar una vara floreciente en la mano á las imágenes de San José.

¿Y quién no vé en la resolucion de María al entregar su mano virginal á José un acto admirable de heroismo, una fé activa y verdadera y una esperanza ardiente. Habiendo ofrecido á Dios su virginidad perpétua, solo una revelacion de que José no habia de ser para ella otra cosa, que padre cuidadoso, un protector de su misma castidad, le pudo hacer aceptarle. Su fé en las promesas del Señor, y su esperanza de que no habia de padecer el menor detrimento, la hicieron obedecer la voz del Sumo Sacerdote, que para ella fué la voz de Dios que se valia de su ministerio para declararla su voluntad.

Dediquemos, señores, siquiera algunos breves conceptos en elogio del afortunado hijo de Jacob, del bendito Patriarca José. Mas feliz que Obededon fué escogido para ser depositario del Arca de la nueva Alianza; y si el Eterno dotó á Moisés de una admirable mansedumbre para que no le arredrasen